

Capítulo 4

Una trastada de Javier



*Bienaventurado aquel cuya trasgresión (falta) ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien el Señor no culpa de iniquidad (maldad), y en cuyo espíritu no hay engaño.*_(Salmo 32 1-2)

Los chicos del cortijo estaban excitados. Habían oído que una nueva carretera iba a pasar cerca de sus tierras. Ello, que en principio no debería ser tan especial, suponía para todos los habitantes de los cortijos de la zona un verdadero acontecimiento.

Los cortijos son siempre construcciones aisladas, ya que suelen estar en medio de propiedades extensas, y ello implica que los accesos a los mismos se suelen hacer por medio de carreteras que frecuentemente no están ni asfaltadas.



Por ello la presencia de una buena vía de comunicación implicaría numerosas ventajas como facilitar el desplazamiento de personas y materiales diversos, aumentar la posibilidad de intercambio de productos, acercar servicios fundamentales como el hospital, la escuela, las estaciones ferroviarias etc. lo que redundaría sin duda a un mayor comercio y a un aumento de la riqueza y posibilidades de la zona.

Durante muchos años los lugareños habían pedido a las administraciones locales, provinciales y nacionales que les construyeran una vía de comunicación que les permitiera acercar sus hogares a las carreteras y finalmente, y curiosamente sin que hubiera elecciones ni generales ni locales, se había dado la gran noticia del inicio del nuevo trazado de una carretera y la misma fue muy bienvenida.

Para los seis niños de nuestra historia también suponía un motivo de fuerte excitación. ¿Cuántas veces había oído hablar de la conveniencia de que pudieran ir a la escuela pública para rozarse con otros niños y recibir una formación amplia? La institutriz que tenían, Inés, estaba cumpliendo su papel de maestra de una forma magistral pero ya se pensaba que los mayores deberían empezar una educación que les pudiera llevar a tener una enseñanza superior, o lo que quisieran o pudieran hacer.

En fin, que la dichosa llegada de la carretera era, desde hacía un tiempo, un buen tema de conversación de chicos y grandes.

Un día llegó un topógrafo, es decir un hombre que se encarga de medir fincas y lugares por donde se van a trazar nuevas vías. El hombre, alto y delgado, se llamaba Juan. Venía acompañado del alcalde de Olivas, la población más cercana, y como él mismo explicó, debajo de la parra del patio y frente a una buena sangría dado el calor del día, debía quedarse casi un mes en la zona junto con su ayudante Marcos. Su deseo era que le alquilaran dos habitaciones, aunque fueran pequeñas ya que así no perdería el tiempo en ir y venir a Olivas.

Ricardo, el padre de Toni, Isabel y Laura, manifestó que estarían encantados de alojarles gratuitamente, pero sólo disponían de una habitación libre; sin embargo pensaban que podían convencer a José y Ester, sus hermanos, para que les alquilaran otra para el ayudante.

- Gracias, es una buena solución -señaló el topógrafo-, pero deseo pagar mi estancia ya que la compañía para la que trabajo tiene destinado un dinero para estos menesteres y exige que se gaste en ello. Ya es bastante bueno para mí que me puedan alojar cerca de mi área de trabajo.

Y llegaron a un acuerdo; se despidieron hasta la semana siguiente en la que ya se instalarían con el material necesario para su trabajo.

Los chicos se alegraron del trato. ¡Era tan excitante tener a alguien de fuera del entorno familiar! ¡Seguro que les contarían historias emocionantes!

Y, efectivamente, a la semana siguiente el señor Juan, como empezaron a llamarle, se instaló en la casa con sus bultos. Entre todos ellos había uno que a todos les intrigó, y especialmente a Javier: Era un teodolito, que según explicó el ayudante del topógrafo, con mucha suficiencia, era un instrumento muy bueno, muy frágil y. ¡muy caro!

-¿Pero para qué sirve?- preguntaron los niños.

-¡Ah!- dijo displicente el ayudante, el cual seguramente quería presumir ante la cara de asombro de los niños, o ¿quizás quería intrigarlos aún más?- mide ángulos verticales y también horizontales.

A estas alturas los mayores estaban perdiendo la paciencia y, ante el gesto algo enfadado de Miguel, el ayudante prosiguió.

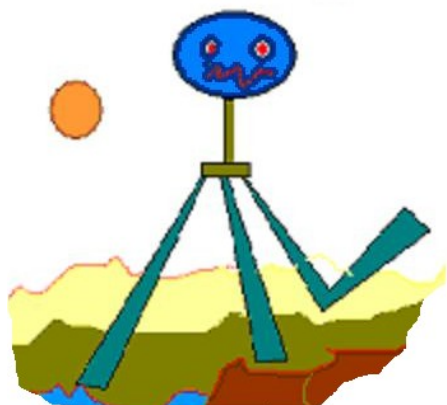
- Con este aparato se miden los desniveles y también se pueden medir las distancias. Es el aparato principal para iniciar, continuar y finalizar una carretera, -acabó de forma rotunda, riendo disimuladamente de las seis caritas que tenían delante de él en ese momento y que si hubiera un enjambre de moscas alrededor seguro que más de una se perdería en alguna boca abierta.



Javier dio vueltas alrededor del aparato que estaba situado sobre un trípode y empezó a latirle el corazón; si hubiera sido unos años mayor podía haber dicho que estaba experimentando la emoción del primer amor. Y desde entonces toda su atención se fijó en lo que se hablaba o decía acerca del aparato. Y eso fue mucho ya que, vista la atención de los niños en el aparato, el señor Juan les dio una clase magistral

durante la cena de cómo se iba proyectando la construcción de una carretera. Y finalmente les dijo, ante la expectación general, que cuando tuviera un poco de tiempo les enseñaría como se usaba.

Finalmente todos se fueron a la cama y Javier dio muchas vueltas antes de dormir. Durante la noche soñó con el teodolito; se le aparecía como un gigante de tres patas con su parte central rectangular, a modo de monstruosa cabeza que le miraba con un único ojo; Javier quería cogerlo pero el monstruo se alejaba de forma torpe pero eficaz; sus patas se movían de manera convulsa; primero levantaba su pata derecha y la posaba unos metros más allá, después la posterior y luego la izquierda, y Javier intentaba darle alcance pero sus piernas se movían muy, muy despacio y era incapaz de darle alcance. En algún momento el monstruo se paraba y se volvía a mirarle y entonces Javier parecía que estaba a punto de cogerlo, pero el teodolito parecía aumentar la velocidad y con un giro inesperado, se ponía fuera de su alcance, y entonces se detenía como si esperara a Javier.



No hay que decir que Javier decidió desde ese momento ser topógrafo y poseer un instrumento como aquel, con el que ya se veía, al menos en su imaginación trepando por lomas, montes y montañas para medir todo lo que se pusiera a tiro.

- ¿Qué te pasa Javier?- dijo Luis con su vocecita de niño bueno- No te estás enterando de nada de lo que te estoy diciendo.

Javier le contó su sueño real e imaginado, ya que Luis solía ser su confidente y compañero de fechorías.

Luis, después de pensar un rato dijo-

- Pues todavía vas a tardar mucho en poder tener un aparato como ese. Primero tienes que estudiar mucho, luego ir a la Universidad - ¿Qué era la Universidad para Luis?- luego tienes que trabajar en algo para pagarte el aparato.... ¡uf, vas a tardar mucho!- concluyó con aspecto cansado sólo de pensar en las dificultades para adquirir un aparato como ese.

Como se ve Luis tenía ideas parcialmente claras, pero Javier las creyó a pies juntillas, especialmente eso de que tardaría mucho en tener el objeto de su devoción. Y poco a poco en su cabeza fue, primero surgiendo y luego agigantándose, el deseo casi irresistible de llevarse durante un tiempo el teodolito. Sin duda que sabía que no se podía coger las herramientas de trabajo de los mayores debían ser respetadas, pero a él le gustaba demasiado.

Esto no se lo dijo a nadie sino que espió desde entonces los movimientos del señor Juan y su ayudante; así vio que por la noche dejaban sus aparatos en una amplia habitación de la planta baja que sólo se usaba, en fechas excepcionales, como comedor, y que la mayor parte del año estaba medio vacía.

Cada mañana, casi al amanecer, el topógrafo esperaba la llegada de su ayudante; acomodaban los aparatos a lomos de un mulo y ambos partían hacia el campo montados sendos caballos que les acercaban a las zonas de trabajo, a veces bastante inaccesibles.

La rutina se repetía todos los días, excepto los domingos en que se descansaba. El viernes por la tarde, Miguel, Javier y Luis se iban a la casa de sus padres, en otro cortijo algo alejado y en casa quedaban Toni, Isabel y Laura y sólo hasta el lunes por la mañana no volvían a juntarse los primos para estudiar con la maestra. Sólo excepcionalmente alguno de los primos se quedaba en el cortijo de las Jaras, que era el de los padres de Toni.

Javier urdió un plan cuidadosamente y un viernes les pidió a sus padres que le dejaran en el cortijo de sus primos ya que tenía que acabar unas manualidades- una maqueta de un castillo medieval- muy voluminosa difícil de transportar; y, ¡cosa sorprendente!, los padres se dejaron convencer.

El domingo, muy de mañana, Javier se levantó. La casa estaba desierta y silenciosa; cada morador del cortijo dormía. Javier se vistió, se calzó con sus botas de campo y bajó sigilosamente las escaleras, procurando no hacer ruido. Se dirigió a la habitación donde estaban los instrumentos y cogió el teodolito. Pero ¡oh sorpresa! aquel aparato que parecía tan liviano cuando lo alzaba Marcos, era muy pesado. Pero como el deseo podía más que la prudencia, juntó todas sus fuerzas para levantarlo.



Efectivamente el chaval era fuerte y no sólo consiguió moverlo sino que se lo echó a hombros. Tambaleándose algo fue acercándose a la salida y abrió la puerta, a la que previamente le había descorrido el cerrojo.

Un golpe de frío le dio en la cara. La mañana estaba fresca; estaban a primeros de septiembre y aunque por el día calentaba mucho, las mañanas solían tener temperaturas bajas. Los pájaros ya cantaban entre las jaras y se oían a lo lejos las campanillas de las cabras que también rompían el silencio matinal.

Javier salió del patio y comenzó a subir la loma cercana a la casa. Aunque no era muy alta, a media ladera sintió que las piernas le temblaban; se detuvo un poco y después de varios intentos alcanzó la cumbre y dejó el teodolito en el suelo con un gran suspiro de alivio. Desde allí se veía el cortijo entre vahos de niebla que se levantaba de la tierra; algo más lejos los montes vecinos parecían en calma.

El chico colocó el teodolito vertical y, no sin grandes esfuerzos lo afirmó sobre sus tres patas. Buscó una piedra donde subirse y, una vez sobre ella, puso sus ojos sobre el visor.

- ¡Caramba!- pensó, se ve muy bien el fondo, pero tiene muchas rayas y numeritos. ¿Cómo se medirá eso de los ángulos horizontales y verticales?, esto parece muy interesante.

Javier se bajó de la piedra y giró el aparato para poder enfocar hacia otro lado. De nuevo colocó la piedra, sin la cual no alcanzaba el visor y se subió de nuevo. Estaba mirando a través del mismo cuando de pronto todo se oscureció, era como si una ventana abierta al día se cerrara y se hiciera la noche. Un pájaro al volar muy cerca de Javier había vuelto negro el visor. El cambio fue tan inesperado que Javier se asustó y se apartó del teodolito, pero como estaba agarrado a una de sus patas, arrastró al mismo hacia atrás perdiendo el equilibrio y acabando por los suelos.

¡Vaya susto se llevó! El golpe no fue muy fuerte pero cuando recuperó la compostura e intentó volver a poner sobre sus patas al aparato se dio cuenta, horrorizado, que el teodolito tenía una de sus patas torcida.

¡Cómo haría ahora! Intentó con sus manos enderezar la para, pero no estaba hecho el metal hueco para las manos de un niño. Lo intentó con todas sus fuerzas pero nada pasaba. Es más Javier, cuando miraba al aparato tirado en el suelo, le parecía que el teodolito era una víctima desvalida postrada en el suelo. Nada que ver con aquel



monstruo chungón que se le apareció En sueños.

La culpa la tenía Marcos; él le había hablado del aparato de tal manera que le habían entrado ganas de cogerlo. Incluso Luis se lo había puesto tan difícil que había contribuido a aumentar sus deseos de tener a ese aparato. Además ¿no se le había aparecido en sueños como si fuera un objeto tentador?

Pero por más excusas que buscaba no podía convencerse de que la culpa de su acción le correspondía a él. ¡Tenía que arreglarlo como fuera!

Después de varios intentos vanos comenzó a darse cuenta del verdadero alcance de su acción. No sólo había engañado a sus padres para que le dejaran en Las Jaras, también había desobedecido la norma no escrita, pero sabida por los niños, de que las herramientas de trabajo deben ser respetadas; por otro lado también había violado el respeto a las pertenencias de un huésped de la casa de sus tíos. ¡Qué desastre! ¿Qué podía hacer?

Y, entonces Javier empezó a hacerse reproches y a verlo todo negro. ¡Ya no podría volver a mirar a la cara al señor Juan! ¡Ya no podría volver a sonreír a su tío! ¿Qué dirían sus primos? En fin, aquello no tenía arreglo.

El chico decidió marcharse y no volver al cortijo y estaba a punto de abandonar la zona cuando se le apareció la cara de su madre y recordó unas palabras que ella le había dicho con motivo de un problema que había tenido en otra ocasión.

-Javier, tienes que asumir tu responsabilidad, todo lo que hacemos, bueno o malo, nos corresponde, son acciones que hemos decidido y tenemos que ser responsables de ellas. Si son buenas recibimos aplausos pero si son malas tenemos que reconocer el error para poder corregirlo. Y es mejor afrontar cuanto antes los problemas.

Entonces Javier, de forma súbita, se dio cuenta que las palabras de su madre eran correctas. No podía justificarse de ninguna manera y debía dar cuenta de su fechoría cuanto antes.

Cogió con nuevas fuerzas el teodolito y comenzó a bajar la loma a donde se había subido, después de varias paradas llegó al cortijo. No se oía nada. El chico entró en casa y colocó el aparato en la habitación de donde lo había cogido.

Cuando salió se dio cuenta de que nadie le había visto; y una idea se le pasó por la mente: ¡podía no decir nada y dejar que encontraran el aparato roto! ¡Si nadie le había visto nadie le podía echar la culpa!

Sin embargo ese pensamiento no duró mucho. De pronto oyó un ruido que provenía de la cocina y, cual no sería su sorpresa cuando vio salir al señor Juan con un vaso de agua en la mano.

El hombre, al ver a Javier, se detuvo cuando ya estaba con un pie en el primer peldaño de la escalera que subía a la planta alta donde estaban los dormitorios.

-¡Caramba Javier, buenos días! No pensaba que alguien estuviera levantado.

-Buenos días señor Juan- dijo Javier temblándole las piernas

- Y bien, chico, ¿Qué te pasa? ¿No puedes dormir? Los domingos sueles estar hasta más tarde en la cama.

- Es que hoy me desperté antes y quise ver que había en la calle

La disculpa era bien tonta, hasta Javier se dio cuenta de ello. Y algo debió intuir el topógrafo porque, aunque ya estaba el tercer escalón, se detuvo y volviendo a bajar le preguntó al niños.

- ¿Tienes algún problema? ¿Puedo ayudarte?

Javier no supo ni como lo hizo, pero empezó a contarle de manera atropellada cómo le había impresionado el teodolito, cómo hasta había soñado con él y su obsesión fue creciendo hasta que decidió probar cómo se veía desde el visor.

El señor Juan le dejó hablar intuyendo que aún le faltaba contar lo más importante. De sobra sabía él que a esa edad se tiene una gran imaginación y unos deseos de conocer y experimentar muy grandes.

-¿Y qué pasó?- demandó con voz suave

Y ahí Javier, que había notado un nudo en la garganta, se echó a llorar. Con fuertes hipidos le contó que se le había caído y que una pata se había roto y que lo había dejado en la habitación del fondo.

-Lo siento mucho señor- añadió de manera entrecortada- me he portado mal y he roto su herramienta de trabajo. Pero yo lo pagaré con mis ahorros, y si no alcanza venderé mi colección de mariposas.

El topógrafo se le quedó mirando un instante silencioso. Después le cogió del hombro y tiró de él hacia el cuarto donde estaban los aparatos.

-Vamos a ver que ha pasado con el aparato.

Entraron en la sala y, efectivamente el teodolito estaba en el suelo. El señor Juan se agachó y revisó el cuerpo central y luego sus manos recorrieron la pata que aparecía doblada.

-Bueno, bueno- se levantó y se tocó la barbilla- Esto no parece muy grave- añadió dirigiéndose a Javier- El cuerpo no está dañado y tengo recambio para la pata. Pero lo que me asombra es que hayas tenido fuerza para sacarlo de esta habitación.

- ¡y tanto! -pensó Javier- él no sabía lo que había sufrido hasta llegar a lo alto de la loma.

Bien, mañana por la mañana lo arreglaré. Ya me has dado explicación suficiente; pero quiero que me prometas que en otra ocasión que quieras conocer algún aparato me preguntarás; yo no tengo ningún problema en enseñarte su manejo.

- Si señor- dijo Javier compungido pero aliviado de que todo se estuviera desarrollándose tan suavemente- nunca volveré a coger nada sin permiso.

- ¡Vale, es suficiente! Y ahora me voy a descansar ya que he pasado mala noche por culpa del estómago y necesito otra hora de sueño

Comenzó a subir las escaleras y, cuando estaba arriba se volvió. Javier aún estaba en medio de la sala de la que partía la escalera. Volvió a descender y cuando estuvo a la altura de Javier se inclinó de tal manera que ambas caras estaban cerca.

- Escucha Javier, no quiero que le cuentes a nadie lo que ha pasado. Ese será tu castigo. No podrás presumir de haber subido tú solo con este aparato tan pesado hasta la loma; por otro lado eso me evitará a mí dar explicaciones largas y tediosas. Así que ese será nuestro secreto. ¿Estas de acuerdo?

Al decir esto le extendió la mano. Pero Javier no pudo resistir el impulso y le dio un abrazo. El señor Juan le dio unas palmaditas en la espalda y se fue. Según subía decía entre dientes y moviendo la cabeza.

-¡Vaya con el chiquitín! Tiene fuerza y carácter. Cuando crezca será un buen hombre.

Javier quedó encantado ¡que fácil había resultado desprenderse del ceñimiento de culpa! ¡Que bueno era el señor Juan y verdaderamente su madre tenía razón, había que afrontar los problemas sin excusarse!

Pero aún le faltaba una sorpresa más. Por la tarde, cuando estaban bajo la parra del patio oyó decir a unos pastores que habían ido a buscar llevar unas ovejas que el tío de Javier había comprado y que hablaban con el dueño de las Jaras su Ricardo, con el señor Juan y con otros pastores del cortijo.

-No se si mis ojos me engañaron pero esta mañana, al amanecer, creí ver a un niño con un tronco de un árbol que subía por la loma. Me fijé y me pareció el pequeño de sus sobrinos, pero una neblina lo cubrió y estaba demasiado lejos para precisar quien era. Cuando la niebla desapareció ya no lo vi.

Javier se quedó sin respirar, y miró al señor Juan. Este simplemente le dio un golpecito en la espalda al pastor y le dijo.

- La realidad y la ilusión frecuentemente se confunden al amanecer- y de refilón le guiñó desde lejos un ojo a Javier.

¡Vaya!- pensó Javier-¡menos mal que dije la verdad! Y yo que pensaba que nadie me veía. Y muy contento, dando unos saltos, fue a reunirse con Luis, a quien le hubiera gustado contar su aventura.

M.L.V.Cuadros